

grado, que es un reflejo del cielo. ¿Qué importa el amor de un día, si la esperanza nos promete amor eterno?

—Queréis humillarme con vuestra pureza, queréis que al veros resplandecer tan pura, me asuste de las tinieblas espesísimas, que cubren mi entendimiento, y mi corazón. Soy á vuestro lado lo que la deforme serpiente al pié de la inmaculada Virgen.

—No desvaríeis. Soy mujer, sujeta á todas las tristes condiciones de nuestra triste naturaleza.

—Y en verdad que es un remordimiento ver siempre delante de los ojos seres felices ornados con la diadema de la inocencia, alentados por la fe, mientras en mi pecho no hay inocencia, no hay fe; como si Dios hubiera retirado de mi corazón su aliento, de mi conciencia su luz.

—No os aflijáis, Eugenia. Unámonos para salvar al infeliz Ernesto. Unámonos, Eugenia. No os ciegue vuestro amor hasta el punto de perderle.

—Callad. La sentencia está ya dictada. No hay esperanza, no hay remedio.

—Me partís el pecho.

—Morirá para siempre su inspiración.

—¿Qué decís?

—Se desvanecerán todas sus ilusiones.

—¿Dios del cielo!!!

—Perderá todas sus esperanzas en el arte.

—¿En el arte, su última esperanza!

—Caerá hoja por hoja la corona de triunfos que imaginaba hallar en lo porvenir.

—No lo consienta Dios, que esas hojas arrebatadas por la fortuna á su frente, apagarían la vida en su pecho.

—María. No hay esperanza, no hay remedio.

—No quisiera comprender el pensamiento, que ocultan vuestras palabras.

—¿Qué entreveís?

—Entreveo una trama horrible.

—María. ¿Quién os advierte con tanto acierto?

—El amor.

—¿Le ama, y él la ama! sean ambos desgraciados.

—Si intentáis apagar la inspiración en su mente, Eugenia, intentáis un crimen. Mas os valiera clavar agudo puñal en sus entrañas. La inspiración es la presencia de Dios en su alma. Arrancadle esa última flor de sus esperanzas, y le habeis arrancado el alma. Apagad esa única estrella, que alumbraba su existencia, y habeis herido de muerte su corazón; muerte horrible, lenta, que consumirá poco á poco sus días, hasta que lo hunda en el sepulcro con la duda en el alma, y la maldición en los labios.

—Y yo te amaba, y apagué mi amor; era mi vida, y se apartó de mi lado, entregándose á segura muerte; era mi rehabilitación á los ojos de Dios, porque su presencia encendía en mi alma el fuego de la virtud, y me arrastró con su desamor al infierno; era mi espíritu, pues, apenas vivía yo para el mundo, y fue tal que no vió sino su venganza, y desencadenó en mi vida tempestades, que por horribles, me espantan, y por vergonzosas, me humillan. Y ahora queréis vos que yo insensata me preste á la misericordia. No, no. Que muera.

—No saldréis de aquí, no, sin revelarme el secreto de su infortunio.

—Será vano vuestro empeño.

—No os abandonaré ni un instante.

—Será inútil vuestra insistencia.

—Quiero salvarle.

—¿Y yo?

—Vos lo queréis también. A eso habeis venido.

—No. He venido á ver si era feliz á vuestro lado.

—Si lo hubierais hallado aquí...

—Se encendieran doblemente mis iras.

—Y yo, por verle feliz, daría mi vida.

—No le amais.

—No le amaré, si por amor entendeis el egoísmo.

—¿Por qué no deseais su ventura?

—Me ha perdido, y quiero perderle.

—Eso es venganza.

—Es amor.

—Amor que el cielo maldice.

—Bien, bien. Me va en eso bien poco. Bástame saber que le amais. Sé que él os ama. Si os encontrárais en la vida; ¡oh! me asesinaría el dolor. Buscadle, decidle, que me ame, que me idolatre, sino hoy le arranco la esperanza, y mañana le arrancaré la vida.

María dió un grito de horror, cayendo como herida de un rayo en el duro suelo. Eugenia abrió la puerta de la sala con precipitación, la de la casa con celeridad, bajó las escaleras con la ligereza del aire, subió á su coche, como el relámpago, y gritando: «A casa» se dió á llorar con desesperación indecible, pues eran á todo encarecimiento superiores las penas que corroían su pecho. La educación, alma del alma, había precipitado aquella mujer, desde la virtud, que debería ser su asiento, al vicio, que era su fin. El amor pudo salvarla; pero el amor, por circunstancias que no necesito recordar, ahondó las llagas, abiertas en su corazón. Sociedad, educación, familia, amor, todos los sentimientos dulces, todas las ideas bienhechoras, se conjuraron contra su virtud, contra su pureza.

CLII.

Antonio, cansado de tan larga entrevista, abrió la puerta de la estancia pocos instantes después de haberse partido Eugenia. El joven espantado se arrojó á recoger del suelo á la pobre joven. Creyó en su espanto que estaba muerta.

—Isabel, Isabel...

La joven amiga de María entró precipitada, y sin aliento.

—¿Dónde está esa mujer? preguntó Antonio.

—Ha huido con tal presteza, que ni tiempo para saludarla me ha dado.

—María, María... gritaba Antonio, poniendo la temblorosa mano sobre su corazón.

—Palpita, palpita el corazón.

María exhaló un ¡ay! amarguísimo.

—¿Que te sucede María, que te sucede?

—Ha huido... ha huido... Ernesto... Ernesto, y prorumpió en amarguísimo llanto.

Aquellas dos exclamaciones partieron el corazón del pobre Antonio. En su rostro, en sus ojos, echábase de ver el fiero dolor, que le causaba aquel nombre, sombra de su dicha, obstáculo á sus aspiraciones.

—Es necesario, Antonio, buscar á Ernesto. La envidia, el amor agravado van á herirle en lo mas profundo de su corazón. ¡Ay de él entonces!

Y su llorar crecía con las terribles imágenes que aterrador peligro pintaba en su mente.

—¿Pero á do hemos de buscarle?

—Antonio, por Dios, no descanses ni un punto. Hazlo por mí, por la desgraciada María.

Y sus ojos brillaban con el reflejo de amargo, acerbo dolor.

—Pero...

—También tú me desamas.

—¡Yo! Tienes razón. Te desamo, si, te desamo. Cuando los celos no me han asesinado es que te desamo.

—Calla, calla. ¡Todos desgraciados! No pienses en que es Ernesto; piensa solo en que es un joven desgraciado, sobre cuya cabeza van á caer á torrentes los dolores. Antonio, ¿tan cruel, tan empedernido serás que no me oigas?

—Tus consejos son mandatos. Iré á buscarle. No me daré punto de reposo, hasta que lo logre encontrarle.

—¡Bendito seas!

—¿Y qué he de advertirle?

—Adviértele que piensa la envidia silbar su drama.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi corazón.

—¿Bárbara, infame perfidia!

—Perfidia de Eugenia.

—De todo es capaz.

—Pues, Antonio, hazlo por mí.

—Corro, corro á salvarle.

—No sabes cuánto bien me haces.

—¿Qué feliz soy!

—¿De veras?

—Hacer tu dicha es mi dicha.

—Como eres tan bueno, ningún esfuerzo te costará librar á la inocencia de la perfidia.

—Antes siento un placer tan inefable.

—El placer del bien, que Dios inspira.

—Es cierto. Parece que hay mas luz en mi pupila, mas colores en la naturaleza.

—La luz de Dios es esa, que da á la virtud nuevos matices.

—Soy feliz. Y Antonio se lanzó presuroso fuera de la estancia.

Las pasiones encaminadas al bien son mensajeras de la bienaventuranza.

CLIII.

La ambición, inquieto ser dentro de nuestro propio ser, que nos lleva, mal de nuestro grado á tener en poco la vida, y en mucho el nombre, que dejar podamos en el punto de la muerte; suele con sus delirios embriagarnos de esperanzas, que el tiempo evapora en lo vacío. La ambición, que roba el sueño al cuerpo, la tranquilidad al espíritu, el entusiasmo al amor, la alegría al corazón, es como la fortuna, engañadora. En el punto en que nacemos, la muerte se aposenta dentro de nosotros mismos, y para devorarnos, levanta en el pecho todas esas pasiones, que se llevan en sus luchas pedazos de nuestro ser, átomos de nuestra inmortal sustancia. Así, cuando convierto los ojos á los que duermen del sueño de la estupidez, sin imaginar mundos superiores al mundo, en que vivimos, duéleme involuntariamente de que Dios me haya dado la torpeza que se necesita para vivir, y morir olvidado; y el conocimiento bastante á dolerme de que me haya cabido tan poco talento en la repartición general, que Dios debe haber hecho á las criaturas de esa divina esencia de su divino ser.

Vivir como Linneo ó Newton, sorprendiendo recónditos secretos á nuestra ingrata madre la fecunda naturaleza, leyendo en libros de granito la historia de la tierra; componiendo de nuevo las esferas de los seres, como inmensa pirámide, en la mente; alzando el vuelo á buscar el invisible hilo de oro, que sostiene á los astros, en los infinitos espacios; descendiendo á encender la mente en el fuego sacro, que anima al globo, inmensa hornilla, do se forjan y funden los metales, y toman su jugo las plantas, vivir con la vida del pensamiento, y de la naturaleza, que es la vida de Dios; eso es vivir.

Pero vivir aquí, oyendo zumbir la murmuración, y silbar la envidia; aquí, donde se llama amor al galanteo, ambición el aspirar á diputado; sabiduría á la indigesta erudición de Revista, elocuencia al compasado hablar de un orador académico, virtud al no robar, honradez al cumplir con la epístola de san Pablo, consecuencia el adular á todos los que suben, y maldecir de todos los que caen; gobierno á la absurda dictadura, libertad á la oprobiosa servidumbre; progreso al hacer caminos de hierro, que según cuentan, pudieran ser de oro macizo; vivir aquí, do hasta el mismo mal es raquítico, es el mas grande de los

tormentos, el mas espantoso de los martirios, que pudiera imaginar en sus desvarios el hombre.

CLIII.

Antonio, llevado de su deseo de consolar á María, puso en juego todos cuantos medios le aconsejaba su razón, para dar con el paradero de Ernesto; pero fue vano su empeño, inútil su anhelo: que la providencia, cuando gusta de separar á dos seres, abre entre ellos profundos é insondables abismos. ¡Cuántas veces un minuto era parte á burlar los deseos del pobre joven, víctima de su abnegación, pues debía desahogado los vientos por encontrar un rival, que parecía no habitar en la tierra, según ocultaba su vivienda! ¡cuántas veces, leve sombra ó un mezquino objeto, entre ambos interpuesto, era causa de que se desesperase en sus continuas pesquisas, y desconociese cuan propicia suele á veces ser la casualidad, ese fenómeno, que los hombres conocen, y no explican! En fin ¿á qué tanto divagar? Antonio no pudo encontrar á Ernesto.

CLIV.

Era de noche. El teatro del Príncipe centelleaba lujo y alegría. Jamás me ha sido dado entrar en este teatro; sin comoverme profundamente. Creó ver en las paredes dibujarse la sombra de nuestros gloriosísimos poetas. Me parece que oigo murmurar la lira de Lope tan fecunda como el primer canto, que Dios entonó sobre las borradas formas de la materia, esparcidas en el caos; llorar al inmortal Alarcón, como si cada una de sus lágrimas que caen sobre la conciencia humana cual dulces gotas de fresca lluvia sobre las amargas ondas de los mares, crease un pensamiento, perla escondida en la corona de la gloria; y reir á Tirso con aquella su sarcástica risa; pareceme que veo brillar la figura de Calderón; á sus piés naturaleza ofrece el inmenso torbellino de sus seres, para que los enlace con la cadena de oro de su divino pensamiento, y los transforme en hermosos relámpagos, emanaciones de la eterna belleza, confundidos en el crisol de su alta imaginación; sobre su frente ruedan en círculo infinito los ángeles, tejiendo coronas de estrellas, flores de oro, que nacen y mueren en el cielo cual si hubieran caído de la aureola del Eterno; y en sus ojos arde el sacratísimo fuego de la inspiración, de aquella inspiración, que daba nuevas formas á nuestros santos dogmas, nueva vida á nuestras gloriosas tradiciones.

Todo se ha perdido. Las artes españolas han muerto. Nuestro genio ha volado al cielo, y se ha dormido en el seno de la eternidad. Si, han colgado nuestros poetas su lira en el triste sauce del olvido. ¿Qué os hicisteis, de la infeliz España venerables padres, vosotros que apagásteis en las aguas de Lepanto el opaco brillo de la media luna; vosotros que en las campañas de Italia, despertásteis con el rumor de vuestras invencibles armas, á los héroes de la clásica antigüedad, que admiraron asombrados el noble arrojo, el soberano esfuerzo que hicisteis para librar de oprobioso yugo á Sicilia, hermosa neréida escondida en las azules ondas del sereno Mediterráneo; vosotros, que volásteis en alas de la victoria á las regiones del Africa, y allí á la sombra de gigantescas palmeras tejisteis nuevos laureles para nuestros divinos blasones; vosotros nos habeis abandonado, entregándonos á oprobiosa servidumbre, á tristísima y humillante decadencia? Mas dejémonos de divagar, y al asunto

CLV.

El objeto de todas las conversaciones era el drama de Ernesto. He aquí la opinión de varios literatos, cuyo nombre callaremos.

—¿Has asistido á los ensayos del drama? decía un joven de esos, que suelen fundar su reputacion en traducciones de vaudevilles hechas en habla, que nadie comprende.

—No me hables de él, no me hables, por Dios. ¿Qué ideas tan raras! ¿Qué abusar de la imaginacion tan por extremo criminal!

—Será un pamphlet filosófico.

—No es, sino churrigueresca zambra, que ni Lucifer entiende, decía otro traductor de comedias para el teatro, de discursos para las Córtes.

—Todo lo que no sea imitar la sociedad, reproducirla en el teatro con fidelísimo pincel, es andarse por la rama.

—Tal creo, añadía el traductor. El sentimentalismo y la filosofía pueden apoderarse de nosotros, y entonces... ¡ay del sentido comun!

—Lastimosa pérdida, que debemos evitar á toda costa.

—Yo puedo asegurarte que no me doy traza para entender todas esas soporíferas elucubraciones alemanas. Schiller me da sueño, Goethe hastío, Hoffman náuseas, Ríchter rabia, Pseudo...

—No me aturdas con semejantes nombres. Por no oírlos renuncio á conocerlos, decía espantado el zarzuelista.

—Pues ese enorme absurdo va á levantar su cabeza entre nosotros; y precisa estreñarlo á nuestras plantas, aniquilarlo á fin de que jamás torne á pedir aquí carta de naturaleza.

—Justo... justo...

—Mira, allí entra Eugenia.

—¿Qué hermosa está!

—Se levanta el telon.

—Callemos.

—Callemos.

CLVI.

Momentos de prueba son para el artista aquellos en que el público recoge el aliento para escuchar silencioso su drama. Este silencio es muy semejante al silencio del juez, que escribe una sentencia. Sin embargo de vez en cuando el toser de una vieja, el sonar de unas botas, suele distraer al público, haciéndote perder el pensamiento, la exclamacion, á que habia su triunfo el desgraciado poeta. Ya se oye un rumor semejante al lejano zumbido de una tempestad, que se acrea; ya se olvida de un magnifico endecasílabo el actor; ya cruel se pierde el fiero apuntador; ya la dama, en la escena de mayor efecto, se quema el velo, y empiezan á poblar los aires, gritos, que resuenan en el pecho del pobre mártir cual si fueran el silbar de la serpiente, que perdió al hombre; ya descomunal hosteizo de oculto enemigo provoca á risa, cuando el autor quisiera provocar sollozos, muchos sollozos; ya algunos aplausos que se apagan como el cantar de las olas en una playa sin ecos, aumentan sus congojas, y aminoran sus esperanzas; ya en fin tras el primer acto cae el telon, sin que haya logrado el drama arrancar sentimiento de simpatía al público, y aquel telon es para el artista como la pesada lápida de un sepulcro. Y todo esto, y mucho mas acontecia en aquella noche fatal. Eugenia, desde su palco, miraba con triunfo la adversa suerte de su ingrato amante: María, desde las galerías, sollozaba de tal suerte, que hubo necesidad de sacarla del teatro. Los pollos, los

literatuelos iban á tomar el santo y seña, al palco de Eusebio. Ernesto, pegado á un bastidor, inmóvil como fría estatua, contemplaba su desventura, sin lanzar un quejido; sin manifestar sentimiento de ninguna especie. Empieza el segundo acto, magnífica epopeya; donde Ernesto ha depositado sus lágrimas, sus dolores, la esencia de su poesía. Pero nada basta á conmover á sus verdugos; ni la hermosura del verso, ni el creciente interés de las situaciones; porque á todo elevado pensamiento suelen llamar *chispas de cuaresmal sermon*; y á toda escena de efecto *brochazos* á lo Bucharly. Y no solamente bostezaban, llevados de su odio, no, habian aprendido de tal suerte su papel y se habian identificado con su infernal propósito, que reian como energúmenos cuando alguna de esas ideas, que suelen aventajar á lo humano, y confundirse con lo divino centelleaba en el mágico drama. Una parte sensata del público pugnaba por imponer silencio; aunque eran, en verdad, pocos en número, pues la conspiracion habia sido urdida con maravilloso arte; y aquella no imaginada contradiccion encendia en ira los ánimos, y los imbéciles sacaron los silbatos, cual si infernal rabia les poseyera, y en un instante pobláronse los aires de agudos, infinitos, diabólicos sonidos. En medio del universal clamoreo, un joven con ojos encendidos y torvo semblante, increpaba á la imbecil muchedumbre que solo oía el eco de sus pasiones. María, que habia vuelto al teatro, llevada de su anhelo, pues no lograba acallar la amargura de su dolor, abandonó Antonio, que crispaba los puños amenazando á sus antiguos compañeros, criados de Eugenia, cuyo silbar no tenia tregua, y en su furor no se apercibió de que María le habia abandonado: tan encendidas estaban sus pasiones.

Ernesto temblaba como azogado, sus ojos despedían lívidos relámpagos, latía su corazón, cual si pugnase por salir del pecho, una risa convulsiva, sarcástica, vagaba por sus labios, la sangre se agolpaba á su cabeza, como si pretendiera inundar su cerebro; horrible temblor sacudía sus miembros, y en sus crispados dedos, hacia una bola maquinalmente con un papel, que le habian entregado al entrar, y que no leyera, preocupado como estaba, con aquella noche, que decidía de su existencia. Y la carta era un saludable aviso de María, que le anunciaba los peligros agolpados sobre su cabeza.

Ernesto abandonó el teatro donde habia padecido tormentos tales, y tantos que no puede pintarlos la toscas pluma. El alma de su alma, la poesía, le abandonaba tambien. El infortunio quebraba las cuerdas de su divina lira. Y aquella inspiracion, que Ernesto imaginaba emanada de Dios, aquella inspiracion, que lucia con tan varios colores en su espíritu, se apagaba para siempre anegada en el tormentoso mar de las humanas pasiones. ¡Oh! El último refugio, do buscaba consuelo y paz, se desvanecía y le entregaba al dolor, á la desgracia, á triste soledad. Ernesto, que necesitaba puro aire, se encaminó al Prado, y no echó de ver que una joven le seguia á lo lejos. Era María.

Eugenia envió tambien dos lacayos, para que le avisasen del punto do se refugiaba Ernesto, que se paseaba como loco por el Prado solitario.

CLVII.

«La vida no está en el arte, decía Ernesto. Imaginaba que los hombres habian de ser atraídos por los reflejos de mi inspiracion, que torpe orgullo creyó tal vez divina, y los hombres me han rechazado, escuchando amargo escarnio á mi rostro. ¡Y para esto tantos tormentos! ¿Quién lo creyera? ¡Quimérica esperanza!

¡Y yo sentía brotar en mi mente la idea, esenoía del ser, que animada por el fuego de mi inspiracion

volaba en los espacios, escuchando la armonia de los mundos, y batiendo sus blancas alas en presencia de Dios! ¡Y yo insensato, la creí verdad y era ¡ay! un fantasma! ¿De qué me ha servido estudiar en el eterno libro de la naturaleza? No he logrado, no, interpretar la palabra de Dios. Y yo queria aprisionar el universo en mi pensamiento, seguir en su curso á la estrella; en su vuelo al serafin, imitar el quejido del ruiseñor en el bosque, el lloro del arroyuelo en los prados; para identificar mi espíritu con el espíritu universal, que anima á la creacion; para confundir el aliento de mi ser en la atmósfera del ser absoluto; y todas mis aspiraciones han sido vano ensueño, torpe ambicion, ridícula mentira, delirio de mi mente, desvarío de mi amor propio... y reia delirante, cuando oyó una voz, que sonó en sus oídos como el cantar del ángel de la gloria debe sonar en los oídos del condenado, cuando Dios, despues del juicio, los arroje al infierno.

CLVIII.

—¡Ernesto! exclamó la joven.

—¡María! dijo Ernesto, levantando los brazos al cielo.

En aquel punto la luna, que vagaba cubierta por espesas nubes, logró disipar con sus plateados rayos los vapores, y apareció sonriente en el azul firmamento coronada de estrellas: que gozaba sin duda en iluminar la frente de aquellos amantes mártires, cuyas almas, como el aroma de las flores, como el murmullo de los bosques tornaban á subir á Dios en alas del amor.

—¡Si, María soy, que te adora, que me creo ya feliz, Ernesto. ¡Cuánto he padecido! Dios quiere, que en este instante, concluyan para siempre nuestros amargos dolores. Volvemos á orillas del mar. El cielo sonriente, puro, ornado de estrellas nos alegrará, como en otro tiempo, las flores, las fuentes...

—Calla, calla, María. Todo eso es mentira, tú mentira, yo mentira tambien. Nada existe, nada; sino el dolor.

En su errante mirar, en sus contraídos labios, en su sonrisa, echábase de ver que Ernesto perdía el juicio.

—No, Ernesto, no. ¿Olvidas por ventura aquellas noches de luna, en que me traías rosas, cuyo caliz guardaba una gota de rocío, lágrima de amor; noches en que cantabas amorosas endechas, acompañado por los trinos del gilguero escondido en el plátano, que nos servia de dosel, y por el murmullo de las ondas, que atraídas del amor se arremolinaban, por escuchar tu voz?

—¿Donde está mi lira? La he perdido. Me la han arrebatado de las manos. Han herido mis inspiraciones, como hirieron un dia mi amor. Tú no eres, no tienes realidad. Yo perdí á María. Voló al cielo. Cantaba su amor, pero los cantares se han ahogado en mi pecho... Oye... oye... Me silban... Ah... me silban... Ah... son... son... serpientes!!!

—¡Ernesto! Ya no escuchas mi voz, ya no suena en tus oídos como el susurro de las brisas perfumadas de azahar....

—No, tú no me amas, tú no me amas.

—¿Qué no te amo! Pregúntalo á tu corazón, á tu memoria.

—¡Mi memoria! Si, si, mi memoria me dice...

—Que te adoro.

—Que me silban.

Ernesto estaba loco. María se cubrió el rostro con las manos, vertiendo un mar de lágrimas. El joven dejó caer con desesperacion la cabeza sobre el destrozado pecho.

—¿No has orado? ¿No te cuerdas de la Virgen, en cuya frente resplandecian los cielos?

Al caer la tarde, entrábamos en la ermita á renovar las flores, que ornaban su peana, y nuestras oraciones confundidas volaban á Dios!!!

—Yo creía en Dios. Escuchaba su voz en el eco del torrente, su palabra en las ideas que levantaba la inspiracion en mi conciencia; mirábale sonreír en los matices del alba, cuando el puro cielo, y la hermosa tierra relumbraban con destellos de fuego, corona del sol naciente, que se mecía en la cuna de zafir y plata, formada por los mares; contemplaba extasiado á los seres alzarse á recoger el aliento del Creador, para devolvérsele convertido en auras, y en aromas, y volaba yo tambien reclinado en las alas del ángel de mi amor á beber la luz del arte en su divina frente, y á recoger de sus labios las armonías de mi lira; y Dios en castigo de mi orgullo, justamente ha borrado con su aliento en mi alma la aurora de la poesía. Y ahora me silban, ¿oyes? me silban. Por compasion no me asesineis asi. ¿Qué daño os hice?

—¿Qué importa el mundo? Huiremos de él. Yo te acompañaré...

—Tú no me amas. No existes. Eres la sombra que yo buscaba; sombra, á que solo el dolor ha dado cuerpo. No me atormentes, calla, engañosa imagen de mi amor.

—Dios mio, Dios mio. Oyeme. Libértanos de este último dolor. No le prives, Dios mio, del juicio.

—¿Qué estoy loco! ¿Has dicho que estoy loco? Tienes razon. Esos silbidos son mentira. Mi drama es magnifico, magnifico. Diles que callen. Aunque son mentira, me parten el corazón.

—Ernesto. No escuchas mi voz. ¡Ingrato! Me olvidas. ¿No era yo tu cielo? Mira, mira. Aun conservo aquel ramo de rosas blancas. Están marchitas como tu amor. Mira el lazo azul. En el dia de la Ascension, cuando íbamos á recoger plantas medicinales, benditas, para curar á los pobres de la comarca, me regalaste este lazo. ¿No te acuerdas?

—Si. Me acuerdo. ¿Qué hermosa estabas! Llevabas un traje blanco semejante á la túnica del ángel de la oracion. Tus trenzas parecían rayos del sol. Entre las flores eras como la blanca mariposa. Me acuerdo que te paraste bajo un rosal á coger unas ramas de sauce. Las rosas se inclinaban como si quisieran guardar tu aliento en sus corolas ó tenir en tus mejillas sus hojas. Y yo te adoraba, porque parecias la imagen de la Virgen. Pero mira, amada sombra ¡qué desgraciado soy! Los hombres, los hombres han maldecido aquella inspiracion y... la han silbado.

—¡Oh! ¡Eugenia! Mal... Perdon, Dios mio... Iba á maldecirla...

—Ese nombre, yo me acuerdo de ese nombre.

—Si, dijo en aquel punto una voz, empañada por el cansancio. Soy yo, Ernesto, yo que te amo.

María lanzó un grito espantado.

Ernesto cogió las manos de Eugenia. Cuando á la luz de la luna, vió la torva mirada del infeliz joven no pudo contener un suspiro de dolor.

María, acercándose á ella le dijo:

—¡Le habeis perdido!

—Y yo me he perdido tambien.

—Está loco y vos teneis la culpa.

—¿Qué horror! exclamó Eugenia.

—Ya estais vengada.

—Por vengar mi ofendido amor, he ahogado mi esperanza.

Ernesto, ni se movia, ni hablaba.

—Ni el mundo, ni Dios pueden perdonaros.

—¡Oh! Callad... callad.

—Acordaos del dia en que os pedia, que alejaseis de su frente esa horrible venganza.

—¡Ernesto, Ernesto! gritaba con delirante frenesí, Eugenia.

—Tú, tú... De tí no me acuerdo. Eras un ángel caído. Yo te adoraba, creyendo que venias del cielo,

y venias del infierno. Tú también silabas... ¿Dónde está mi lira? ¿Dónde está mi amor?

—A tu lado, Ernesto; decía María, á tu lado velando por tí.

—Es verdad. Te acuerdas; las ondas del mar, el arroyo, el aura, las oraciones de nuestro pecho...

—Ernesto, decía Eugenia. ¿Y nuestro jardín?

—Era el infierno, contestaba Ernesto.

—Si, aleja esos dolores, le decía regocijada María, ahuyéntalos. Volvemos á ser felices.

—No, mientras yo viva, exclamaba Eugenia, interponiéndose entre ambos jóvenes.

—Aparta, aparta, decía Ernesto, rechazandola. La

copa del placer es amarga. María. Tú fuiste mi inspiración.

—Si, si. La inspiración del drama, que te han silbado. Eso le debes.

—Es verdad, verdad, decía Ernesto, creyendo en su delirio. ¿Qué extruendos! Si las ondas del mar me hubieran tragado, fuera hoy pasto de los peces; pero no oíría ese horrible rumor.

Inspiración, blanca inspiración. Los hombres te han llenado de lodo. ¿Qué hermosa eras en el cielo de mi alma! Soy culpable, muy culpable. Arranqué, la perla insensato, de su concha, y la arrojé á los puercos. Y ahora gruñen, gruñen... y la destrozan con sus dientes... y la



Lucia.

profanan... ¡ay! que me matan... Era mi vida; era el alma de mi alma. Se escapa mi alma; yo no quiero que se escape... Mirad... Huye de mi cerebro. Detened á mi alma, detenedla.

Y cayó de rodillas en el duro suelo.
—Levántate, Ernesto, exclamaba María. Dios no te abandonará.

—Aun puede sonreírte el placer, decía Eugenia.
—No debe perder la humanidad tu virtud.
—Jóven, puedes gozar del mundo.

—La inspiración se cornerá sobre tu frente.

—Eugenia te ofrece, en dorada copa, el nectar del olvido.

—La oración te subirá en sus alas al cielo.

—El festín te embriagará.

—¿No ves sonreír á la Virgen del Naufragio?

—¿No escuchas el murmullo del baile?

—Acuérdate de aquel hermoso mar, do se contemplaban extasiadas las estrellas.

—Y mil bugías, iluminando los orientales salones, encenderán el amor en tu pecho.

Ernesto no oía las palabras de las jóvenes.

—¿Qué hermosos versos! ¡Qué imitación de Lamartine, tan magnífica! Y silban, y el arte pliega sus alas, y vuelve á dormirse en el dulce regazo de la eternidad.

—Por compasión, vuelve en tí. Eres joven. El tiempo guarda coronas de laurel para tu frente, la eternidad coronas de gloria para tu alma.

—A mi lado, decía Eugenia, encontrarás la dicha, que huyó.

—¿Qué huyó!... Voy tras ella. Dejarme, voy tras ella. Dejarme.

María y Eugenia le retenían con toda su fuerza. Pero Ernesto, poseído de un ciego furor, se deshizo de ambas jóvenes, y se dió á correr por el Prado, dando al viento horribles alaridos, que se perdieron, después de algunos minutos, en el espacio.

CLIX.

Ernesto fue recogido en el hospital, y encerrado en una jaula. Cuando su padre supo su desgracia, vino á Madrid. Sacóle del hospital, y lo condujo á la isla. Allí, gracias al gran cuidado puesto en su curación, recobró el juicio. Pero perdió su salud. Ernesto, encerrado dentro de su pensamiento, no tenía comunicación alguna con el mundo exterior. Una tisis corrosiva, lenta, se apoderó de su pecho. Poco á poco la luz se apagaba en sus ojos. Arrastraba la vida resignado, esperando oír la voz de Dios, que le llamaba al sepulcro. Sin embargo, entregado á la soledad de su pensamiento, la duda se deslizó pálida en su alma. ¿Quién le redimirá?

Vuelve los ojos, lector, al desenlace, que debe siempre, en toda obra de arte cristiano, buscarse en el cielo.

CLX.

El frenesí, que se había apoderado del infeliz poeta, cedió á los cuidados; pero su vida debía ceder á los dolores. ¿Qué es el alma, cuando no la orna ni siquiera una ilusión? ¿Qué es el corazón, cuando no lo anima, ni una consoladora esperanza? ¿Qué es la mente, cuando en su inmenso espacio no flota, ni una idea? Las ilusiones, las esperanzas, las ideas, que parecen mentira, son la savia de la vida, son la única realidad de este mundo. Torpes andamos, buscando puro aire, para respirar. Cuando el alma no respira las auras de la vida, que descienden del cielo, y se llaman ideas, ilusiones y esperanzas, el alma despliega sus alas, y vuelve al cielo, fuente de la vida. Esa aspiración incesante á la muerte, que nace con nosotros, poseía el corazón de Ernesto. Así poco á poco faltaba luz á sus ojos, aire á su pecho. Había buscado la vida por do quier, y había encontrado por do quier la muerte. Triste peregrino, cruzó los mares para encontrar solo al término de su peregrinación un sepulcro. El hombre, como los generosos adalides de la edad media, guerrea contra todas las calamidades, atraviesa inmensos desiertos, es vil juguete de tormentosas pasiones, y en sus largas luchas solo busca un sepulcro, y después de sus combates, solo encuentra un sepulcro. En ese horrible sepulcro se encierra Dios, de cuya presencia solo gozar podemos atravesando el negro dintel de la muerte. Y sin embargo, Ernesto, en su delirio, en los últimos supremos días de su fugaz existencia, se empeñaba en buscar á Dios fuera del cielo, y en hallarle encerrado dentro del abismo de su alma. ¡Insensato! Creía que es vida la muerte; realidad los ensueños; infinito espacio el fugaz espíritu; luz la noche, y Dios el pensamiento. ¡Siempre en el fondo de nuestra naturaleza el orgullo! Si, sí: el orgullo es el horrible resplandor

del infierno como esperanza es el místico albor de los cielos; pues el hombre es el ángel caído, que cerniéndose sobre las flores de la virtud, abre las alas de mariposa para subir á los cielos, y acercándose al fuego del vicio, muere destrozado, consumido en un abismo; porque ha perdido las alas. Pero convirtámonos los ojos á Ernesto. Cansado de luchar con el mundo, luchaba consigo mismo.

¿Y María? Parecía que había soñado verla en una noche á la luz de la luna. Pero tal visión, dulce, consoladora, como el ensueño de un niño, era solo desvarío de su acalorada mente, ó engendro de su locura. Y conforme, una á una se apagaban las luces, que Dios había encendido en su mente, su respiración se apagaba también; y conforme desaparecían las esperanzas que habían arrullado sus ensueños, su vida como una catarata rodaba presurosa al negro abismo de la eternidad. Es ley de nuestro ser. A medida que el cuerpo desciende en brazos de la muerte, como vil despojo á la tierra, el alma sube en alas de la idea, como puro aroma, á los cielos. En la sonrisa de Ernesto, en sus apagados ojos, echábase de ver que el tiempo se acababa para él; el tiempo, ese esclavo de los sentidos, y que la eternidad para él comenzaba; la eternidad, esa reina del alma llámole en su cabaña. Compadécámonosle. ¡Es tan desgraciado! Dios le recibirá en su seno, porque Dios es el océano de las almas.

CLXI.

Era una tarde del mes de mayo. El sol poniente penetraba al través de una cortina de jazmines en una cabaña á orillas del Mediterráneo, donde Ernesto, había encontrado reposo para los últimos instantes de su trabajada vida. Recostado en una hamaca, tenía en sus manos un ramo de azucenas cogido en los jardines, donde vió aparecer por vez primera á María; ángel de paz, que Dios le había arrebatado en castigo á su ambición. Algunas mariposas revoloteaban en torno de sus abrasadas sienas como dulces recuerdos de ayer, y las brisas del mar mecían á manera de un suspiro de amor sus cabellos caídos sobre la frente. El cielo azul, sereno, que cobijó su cuna, sonreía amoroso y risueño, acordándole aquellas hermosas tardes, en que la presencia de María eran como abreviado cielo para su feliz corazón. Cansado de aventuras inútiles, de mentidos amores, de falsas amistades, sin haber podido recobrar la felicidad que perdiera, ni encontrar á la mujer que adoró; desposeído de ambiciones, que el soplo del desengaño abogó en flor, huía del mundo, de la sociedad; para encontrarse solo con su pensamiento, solo con su conciencia.

Y cuando se halló solo, el ángel de las artes descendió á su espíritu. Poseído de inspiración alargó los brazos al mundo, y encontró una lira. Era su amor; porque huidas todas las ilusiones, acariciaba con afán los fantasmas de belleza que nacían en su alma; era su esperanza, porque cerrados á sus ojos todos los caminos que conducen á la felicidad, descubría tan solo en los horizontes de lo porvenir el sol de la gloria, iluminando con sus rayos de oro la frente del poeta. Y cuando dió forma á su inspiración, los hombres tan impíos como crueles, los hombres que no comprenden cuánto mal hacen al asesinar con sus burlas á un poeta, le silbaron, y en vez de su corona de gloria cinó el cuitado aguda corona de espinas.

Cuando el arte le abandonó, volvió á sonreírle amor, y cuando el amor le sonreía, le abandonó el juicio. Triste, pero verdadero cuadro era su vida de la humana vida. La ley del dolor es en los hombres como la ley de la atracción en las esferas. Hay una fuerza, que nos lleva al sol de la felicidad; hay otra fuerza, que del sol de la felicidad nos aparta; y de es-